

Granada, diciembre 2009

# La fuerza de nuestra propia historia. Las mujeres de nuestra vida.

Por Ilum Quiñonero  
llum@llumquinonero.es

Hemos llegado a zancadas al siglo XXI y a esta Granada generosa que nos convoca treinta años después.

Sabemos del camino recorrido; de los esfuerzos realizados, de los debates abiertos, de los espacios ocupados. Pero necesitamos de sosiego para evaluar, conocer, sopesar nuestro presente y encaminarnos en plena crisis del sistema, hacia nuevos territorios, dibujando nuestros propios mapas. Necesitamos calma para nombrar lo que somos, para hacernos fuertes en nuestras biografías.

En diciembre de 1979 varios miles de mujeres estrenábamos las calles de Granada, armadas con todas las herramientas necesarias para levantar un mundo en el que la servidumbre femenina tocaba a su fin.

Hemos llegado hasta aquí por miles, millones de caminos. Y es hora de afirmar los saberes heredados: nombremos las habilidades de las mujeres que nos han precedido, reclamemos lo esencial de su tarea tantas veces y de tantas maneras devaluada.

Recuerdo al pequeño grupo de mujeres, entre los veinte y los cuarenta años, que llegamos a Granada los primeros días de 1979, desde mi ciudad, Alicante. Trajimos ilusión y propuestas de debate.

Aquel viaje fue una borrachera apabullante de ideas, de proyectos, de expectativas: teníamos en nuestras manos el cambio que deseábamos y nos sobraba coraje para hacerlo realidad.

Fuimos felices aquellos días en Granada.

Tomamos las aulas y salimos a la calle como nunca antes lo hubieran hecho las mujeres en este país. El trabajo doméstico, la sexualidad, la vida pública y la privada, la escuela, la maternidad y la iglesia, la violencia, la ley y la política, el amor, la familia, el aborto y el trabajo asalariado.

Lo queríamos todo y lo queríamos en aquel preciso momento. Discutimos de lo divino y de lo humano con el mismo fervor que entonces bailamos sin hombres por las calles de Granada.

No teníamos miedo a pisar el nuevo espacio creado por nosotras y para nosotras mismas y respiramos entusiasmo. Como embebidas del aliento de las otras, la

vehemencia de las discusiones aumentaban la energía que despedíamos, que nos separaba, que nos unía.

Ahora me parece una ensoñación, una mezcla hecha con retazos de realidad inventada, de necesidad, de verdad impresa en la memoria. ¡Cuanta historia vivida! ¡Cúantas existencias transformadas! ¡Cuántas nuevas dificultades nos han salido paso! Visto lo visto pareciera que la utopía se asemeja a una trucha que se desliza y se escurre entre los dedos al atraparla para que sigamos vivas, peleando por alcanzarla. ¿Será esa la enseñanza? Itaca es el camino. La vida es el intento de alcanzarla.

Os invito a mirar con ternura nuestra historia. Os propongo recrear la biografía de este feminismo que parimos juntas, que ha crecido y que ya se ha hecho mayor: Autónomo, dependiente, político, académico, burocrático, excéntrico, diferente, igual, mayúsculo y minúsculo, artístico y obrero, municipal, estrecho y ambicioso; tan global y digital, como artesanal, comestible e indigesto a la vez. Un feminismo que ha entrado en las fábricas, que ha pasado por los laboratorios de investigaciones científicas, por los consejos de gobierno, que ha atravesado confesonarios y se ha instalado en los en los mercados, en las agendas de los convenios sindicales, en los supermercados, en los dormitorios, en las cocinas y en el corazón de millones de mujeres y de hombres de la sociedad a la que pertenecemos. Hemos hecho un trabajo ingente.

Un trabajo perfecto lleno de penumbras.

Os propongo mirar allá donde en aquel tiempo no miramos.

Entonces, teníamos por delante una ganas enormes de salir huyendo del mundo viejo y rancio del que formábamos parte, casi sin saberlo, en una carrera a contratiempo para evitar que nos atrapara. Y lo logramos., chicas lo logramos.

Nos dolía el vacío, nos hacía daño el silencio sordo que arrastraba nuestro género. Buscábamos referencias para sentirnos refrendadas y apenas balbucíamos unos cuantos nombres, como si aquel montón de mujeres hubiéramos nacido por esporas, surgidas sin sombra apenas a quien parecemos.

Estábamos enredadas en aquel final de siglo, en la agitación de la joven democracia que nacía de mano de nuevos retos y de las viejas ideologías que nos encorsetaban y nos daban fuerza a la vez. Entre el manantial y el delta, siendo cauce y agua.

Dedicamos mucho tiempo a buscar mujeres a las que parecemos, mujeres que estaban atrapadas en el silencio de la represión franquista, del exilio, o de la misoginia secular. Buscamos y encontramos mujeres sabias por todas partes; barrimos, limpiamos el viejo polvo de la memoria estrecha de la misoginia, le dimos bien con la valleta, la mopa y el abrillantador y las mujeres comenzaron a brillar con luz propia.

Hay un ay, que ahora siento y entonces no fuimos capaces de intuir. Aquellas jóvenes miramos por encima del hombro a las madres que nos habían alimentado y habían atravesado la vida bajo un régimen que las consideraba menores de edad, dependientes, gente sin talento. Ellas guardaron los secretos heredados, los miedos, los deseos y frustraciones con los que vivieron y millones de ellas

guardaron silencio frente a nuestra rebeldía. Ellas, las que nacieron en tiempos de dictadura , educadas en el sometimiento, hijas de la una, grande y libre, nos hicieron como somos, aunque en tantas ocasiones creciéramos a contrapelo.

Han pasado treinta años. Somos las mismas y somos diferentes. También somos más y sabemos más.

He venido a Granada con traje cosido a lo largo de treinta años, día por día, año por año. Hemos venido a Granada a felicitarnos, a retornos, a disfrutarnos mientras intuimos e inventamos nuevas soluciones para un mundo en crisis que está reclamando nuevas soluciones.

Quiénes, cuántas de nosotras volveremos dentro de 30 años? Qué balance haremos entonces de nuestros avances? ¿Sabrán las jóvenes y las ancianas feministas de los años venideros de dónde consiguieron la fuerza para llegar tan lejos?

Quiero invitaros a volver la mirada a nuestra propia historia.

En esos treinta años hemos realizado una carrera veloz, meteórica, agotadora. Hemos buscado y encontrado sabias, filosofas, músicas, artistas, escritoras, doctoras en Medicina. ... Hemos buscado y hemos encontrado en el silencio de la dictadura la luz y el calor de nuestras antecesoras y hemos podido pronunciar sus nombres: desde Clara Campoamor a Federica Monseny, desde Maía Zambrano, a las audaces Mujeres Libres que en 1936 tenían un programa semejante al que elaboraríamos en los años setenta, con los puentes prácticamente destruidos entre nosotras.

Pero tengo el convencimiento de que necesitamos mirar más cerca para encontrar nuestra propia fuerza. Más cerca y dentro.

Muy pocas de nosotras podemos encontrar entre nuestras antepasadas a ilustres científicas, a artistas influyentes, a abogadas y políticas de renombre, a militantes de vanguardia. Pero en todas nuestras genealogías hay mujeres superlativas, capaces de multiplicar un sueldo escaso, expertas en coser trajes sin tela, hábiles para guisar para mucha gente con unas cuantas patatas y un poco de arroz. Estraperlistas, putas, amantes a tiempo parcial preñadas de hijos sin apellidos de padre, cocineras, madres de leche, curanderas, panaderas, perfectas amas de casa, sabedoras de sábanas blancas y de patios baldeados cada tarde de verano.. En todas y cada una de nuestras genealogías ha habido luchadoras contra viento y marea, obligadas a la obediencia, condenadas a la sombra, militantes de la vida. Nuestra fuerza la hemos recibido de ellas, de esas mujeres nuestras que tenían miedo, que no tenía derechos, ni habitación propia, ni políticas sociales que las ampararan. Porqué no dedicarles a ellas este encuentro. Dicen que la España de la postguerra era un inmenso burdel. Pues bien, ¿Cuántas de nosotras no somos hijas de aquellas mujeres valientes? ¿Acaso sus nietas? ¿Cuántas de nosotras no lo sabemos? Benditas sean las que nos dieron la vida que nos ha conducido de nuevo a Granada.

.....

Miremos nuestra historia para ver el valor de lo que hemos recibido. Tras un tiempo de agitación y superabundancia, aterrizamos en un presente incierto.

Amaneció el siglo XXI y con el cambios apabullantes, el modelo económico se tambalea y el sistema busca nuevos referentes. Las mujeres volvemos de nuevo a

ser el corazón de la sostenibilidad, la energía de la recuperación, solo que ahora nos corresponde - y eso propongo—poner en su justo lugar el bien hacer de las mujeres, que en todo el mundo, y de manera cercana nuestras madres, abuelas y bisabuelas, fueron -son-- capaces de ser eficientes, productivas y austeras. Y que gracias a ellas, a su capacidad de sacarle partido a la ropa, la comida, la casa, la moral... la sociedad de post guerra atravesó el hambre y el racionamiento.

Vivimos el fin de la era insdustrial y no sabemos bien hacia donde dirigirnos. Pero contamos con las mañas de las mujeres que han sabido llevar las cuentas y condenar el despilfarro. Es el momento de poner en marcha nuevos retos, aprovechemos todas nuestras capacidades y recursos, defendamos lo que somos, pongamos en valor lo elemental, lo básico: aquella sabiduría que no tiene precio y que tan cerca está de las mujeres. La casa con las camas hechas, la comida que nos alimenta, el comedor limpio y ordenado, las cuentas hechas y los recibos pagados, los besos que nos damos cuando nos vamos a dormir. Pongamos en valor la fuerza femenina que se ha probado también en la esfera pública y que se ha atrevido a ser ministra, ingeniera, fontanera, médica o maestra sin renunciar a tener una familia propia. Reclamemos una vida diga, que no nos parta a la vez el alma y la columna vertebral.

Barrer, cocinar, sacar brillo, lavar, ir a la compra, coser, arreglar los armarios, levantarse por la noche cuando el bebé llora no son tareas de mujeres. Son las mimbres de nuestra arquitectura íntima, emocional, económica y social. Si no lo vemos nosotras nadie lo verá y seguiremos peleando por que se profesionalice lo que no tiene profesionalización: el amor, la crianza, los cuidados. Lo hemos repetido durante décadas. La gran economía se soporta sobre esa red de microeconomías que a todos nos incumbe. Reclamemos el derecho de todos a disfrutar de una vida propia; a que los hombres con quienes compartimos la vida sean también seres capaces y autónomos.

Aprovechemos la crisis para seguir ensayando en nuestro entorno, modos de vida sostenibles que no expulsen a la gente de su hogar: que incentive el cuidado y lo doméstico como valores inapreciables para todos.

En la era de las comunicaciones, mientras aprendemos a desenvolvemos con la tecnología que nos conecta, no hay que ir muy lejos para retomar fuerzas: en la genealogía de cada una de nosotras están los intentos, los esfuerzos, las voces, los silencios, las soluciones.

En nuestra biografía están las presas, las madres solteras, las republicanas, las rebeldes, las sensatas, las católicas recalcitrantes, las conservadoras y las liberales. En cada una de ellas, en sus tareas íntimas y domésticas también, están las soluciones. *Todo lo fundamental está inventado*, decía mi abuela, que no se apabulló cuando los norteamericanos llegaron a la luna.

Démosle brillo a nuestra historia. Sigamos en este camino de hacernos dueñas de nosotras mismas, de creer en el valor del saber y la experiencia heredadas. De nosotras depende.

Lum Quiñonero Hernández

[llum@llumquinonero.es](mailto:llum@llumquinonero.es)

[www.llumquinonero.es](http://www.llumquinonero.es)

Alicante, 4 de diciembre de 2009